



**ZEBULON**

**Rudolph Wurlitzer**

**Traducción de  
Irene Oliva Luque**



**TROPO EDITORES**

«Las cosas no son lo que parecen.  
Ni tampoco son de otra forma».  
*Lankavatara Sutra*

El invierno en que Zebulon colocó sus trampas a la orilla del río Gila fue el más frío y más largo de toda su vida: lo dejó con dos dedos del pie congelados, una herida de flecha en el hombro por un ataque de guerreros crow y, para colmo, en medio de una tormenta de nieve primaveral, la inesperada llegada a su cabaña de dos personajes helados, tambaleándose y más muertos que vivos.

Más que despertarlo, la gélida ráfaga de viento que se colaba por la puerta abierta entró a formar parte de un sueño que se había vuelto recurrente: una caída larga e interminable, a través de un cielo vacío, hacia un mar sacudido por la tempestad... «Acércate más», bramaban las imponentes olas...

Abrió los ojos, recelando por un instante que el hombre y la mujer que le devolvían fijamente la mirada no fuesen fantasmas hambrientos. Les colgaba escarcha de las cejas y la nariz, y sus caras abotargadas estaban enrojecidas y en carne viva por el efecto de un frío capaz de agrietar los árboles. El hombre llevaba un sombrero de copa de ala rígida, amarrado con un largo pañuelo rojo por debajo del mentón barbudo, y una larga pelliza de búfalo cubierta de esquirlas de hielo. La mujer parecía una mestiza shoshoni. Iba envuelta en un enorme sobretodo militar distinguido con galones de sargento en las

hombreras y, en el pecho, dos agujeros de bala, uno sobre el otro.

El hombre cayó de rodillas, maldiciendo y asfixiado a causa del humo que salía por las fugas de la chimenea de la cabaña y del hedor insoportable de un cubo de desechos que había cerca. Hablaba en un susurro áspero, como si le hubiesen destrozado la laringe.

—Yo ya nos daba por fiambres cuando va la mestiza y me dice que estás acampado en el Gila. Sabe cosas que no están al alcance del común de los mortales.

El hombre era Lobo Bill, un viejo trampero y ladrón de caballos, conocido por su amplio repertorio de tediosas historias y furibundos arrebatos de locura, con quien Zebulon se había tropezado y de quien también había huido corriendo en toda una serie de *saloons* y guaridas desde Tularosa a Cheyenne. Al quitarse el sombrero de copa, dejó al descubierto una brecha que le recorría un lado entero de la cara, desde la mejilla hasta la mandíbula, como si un cuchillo de carnicero lo hubiese descuartizado con precisión.

Lobo Bill señaló con la cabeza a la mestiza que —de pie con la espalda pegada a la pared— observaba a Zebulon sin pestañear, con unos ojos vacíos y enormes.

—Es de pocas palabras, pero cuando le da por abrir el pico, no hay quien frene la avalancha que se te viene encima. De todos modos, estoy en deuda con ella. Me salvó el pellejo una vez que un glotón salvaje me pisaba los talones. Lo troceó a hachazos y de paso se llevó una tajada mía. Se la ganó a un chalán de caballos. Con una escalera de color contra su *full*. Una mano para el recuerdo. Es mitad shoshoni, mitad, irlandesa. Yo la llamo Ni Aquí Ni Allí, y vaya suerte la mía de tenerla, tal como están las cosas en estos tiempos, o no, según por dónde sople el viento, o hasta si no sopla.

Lobo Bill y Ni Aquí Ni Allí se quitaron la ropa. Cuando sus cuerpos entraron en calor, se derrumbaron sobre un montón de pieles de oso cerca de la chimenea.

Zebulon se pasó el resto de la noche alimentando el fuego y bebiéndose una de sus últimas botellas de White Taos Lightning, sin dejar de dar vueltas a los recuerdos de Lobo Bill y de todos los demás locos de las montañas que había conocido, y a lo que él y ellos habían sido, o no habían sido, y a lo que se suponía que debía él hacer, o ser, dependiendo de lo que viese desde el valle o desde la cima. No era tanto el hecho de que las antiguas costumbres de las montañas estuviesen obsoletas, aunque ese día seguramente tendría que llegar. Había otra cosa que Lobo Bill y su mestiza habían traído consigo: una presencia o una sombra misteriosa que no era capaz de discernir. O quizá no fuese más que la visión de dos individuos extraños y extraviados roncando en su cama.

Ya había amanecido cuando el viento amainó, y con él casi todos sus presentimientos, o al menos los suficientes para permitirle caer inconsciente al lado de sus huéspedes.

Cuando despertó, una luz dura y frágil salpicaba las paredes de la cabaña. No había rastro de Lobo Bill. Le preguntó a Ni Aquí Ni Allí si sabía dónde estaba. Ella negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Zebulon imaginó que Lobo Bill había ido en busca de sus mulas y sus trampas o bien había optado por largarse para no volver. A su alrededor, la cabaña relucía de limpia. Alguien había vaciado el cubo de desechos, sus reservas de harina, tabaco, whisky, café y cecina estaban colocadas ordenadamente en una esquina, y había troncos cortados apilados a ambos lados de la chimenea.

El extremado orden de la cabaña, unido al silencio hosco de Ni Aquí Ni Allí, lo inquietaron, como si ella albergase

pensamientos secretos o, tal vez, Dios no lo quisiera, algún plan malintencionado. Daba igual, pensó. Pasaría lo que tuviera que pasar, estuviese listo o no.

Mientras ambos esperaban a que apareciese Lobo Bill, Zebulon salió a cazar presas pequeñas y se preparó para el *rendezvous*<sup>1</sup> anual de primavera, descolgando y organizando los cientos de pieles de rata almizclera y de castor que tenía escondidas en los recovecos de varios árboles.

Después de tres días, Lobo Bill seguía sin regresar. Ni Aquí Ni Allí pasaba casi todo el tiempo sentada en el banco que había fuera de la cabaña, con la mirada fija en el río y el hielo azul oscuro que había empezado a resquebrajarse en grandes grietas en movimiento. La primera noche, evitó mirar a Zebulon mientras cocinaba uno de los conejos que él había cazado. Después de cenar, en vez de retirarse al rincón que había escogido para dormir, lo acompañó junto al fuego. Mirándolo con una sonrisa maliciosa, le quitó la botella de White Taos Lightning y apuró lo que quedaba, luego regresó haciendo eses hasta la otra punta de la habitación.

Esa noche lo despertaron las largas uñas de Ni Aquí Ni Allí, que lo arañaban dejándole trazos de sangre en el estómago y por la ingle, un gesto violento que repitió incluso a la vez que tiraba de él para que la penetrase, enroscándole las piernas alrededor de la cintura, como si quisiera partirlo en dos.

El resto de la noche, ella dictó su furiosa pasión imponiéndole sus condiciones insaciables. Por la mañana, se fue de la cabaña sin mirarlo ni decir nada.

Dos días más tarde regresó en medio de una tormenta eléctrica. De pie frente a él, lo miró a los ojos mientras la

desnudaba y la colocaba sobre la mesa, sujetándole los brazos por encima de la cabeza.

Cuando se abrió la puerta, él seguía clavándose dentro de ella como si jamás hubiesen estado separados. Al darse cuenta de que tenían encima a Lobo Bill con un hacha levantada, se dijo a sí mismo que no había nada de malo en irse de este mundo tal como había sido concebido. A una parte de él le gustaba la posibilidad, y ni muerto le iba a dar a Lobo Bill la satisfacción de una disculpa. Siguió arremetiendo dentro de ella con un abandono aún mayor a la vez que dejaba escapar un largo grito de la montaña.

—¡Uaaah!

Su furia rompió la mesa, y acabaron los dos en el suelo. El hacha de Lobo Bill pasó rozando el cráneo de Zebulon y le abrió un gran tajo en medio del vientre a Ni Aquí Ni Allí.

Antes de que Lobo Bill pudiese reaccionar, Zebulon sacó una pistola del cinturón de su atacante y le disparó entre los ojos.

Incapaz de moverse o hablar, se quedó sentado en el suelo, viendo cómo Ni Aquí Ni Allí cruzaba la puerta tambaleándose.

Cuando finalmente salió tras ella, la encontró de pie y desnuda sobre una placa de hielo en medio del río, intentando retener con las manos la sangre que le brotaba del estómago.

—¡Has matado al único hombre al que le he importado jamás! —lo acusó ella gritando—. ¡Y ahora me has matado a mí! —Eran las primeras palabras que le oía pronunciar. Y mientras el hielo se hundía cada vez más, arrastrándola río abajo, y el agua negra y gélida le cubría ya las piernas y las caderas, ella le volvió a gritar—: ¡De ahora en adelante vagarás sin rumbo, como un ciego entre los mundos, sin saber si estás vivo o muerto, o si el mundo que no ves existe, o si todo es



un sueño. Tres veces desaparecerás para ti mismo y para todo lo que conoces, y tres veces...!

Añadió algo más, pero Zebulon no logró oír qué decía aquella mujer mientras se hundía lentamente bajo el hielo.

Cuando los días se hicieron más largos y las formaciones de gansos y patos comenzaron a sobrevolar en lo alto, Zebulon cinchó sus pieles a lomos de sus dos mulas y partió a caballo. Era un hombre alto y enjuto que vagaba por las montañas en pantalones de gamuza grasientos, con un cabello rubísimo, apelmazado y enmarañado, que le caía sobre los hombros; su tronco era nudoso y estaba marcado de arriba abajo por cicatrices de navajas y puntas de flechas, además de otras heridas secretas e inimaginables.

Ese año, el *rendezvous* tenía lugar junto al río Purgatorio, al final de un angosto valle salpicado de grupos de alisos raquíuticos y álamos. Mientras se dirigía con su caballo hacia el desperdigado campamento, lleno de indios medio muertos de hambre y tramperos borrachos, lo abordó una decrepita india arapajó ataviada con un sombrero de copa y una cochambrosa manta marrón por encima de una falda roja larga. En una mano sostenía un garrote de guerra indio hecho de cuerno de uapití; en la otra, una maraca indígena. Al rodear a la vieja subido a su caballo, un luminoso velo de luz ahumada la hizo temblar de arriba abajo. Se acordó de Ni Aquí Ni Allí mirándolo con aquellos ojos furiosos y acusadores. Al observarla más de cerca, su forma se desvaneció para transformarse en una mulata de pómulos altos y, por último, en la máscara mortuoria petrificada de una vieja bruja mexicana de cabellos blancos.

La arapajó se rio de su miedo. Agitando la maraca, dio tres vueltas alrededor de Zebulon hasta que finalmente él perdió el conocimiento y se cayó de cabeza del caballo. Cuando a duras

penas se puso de pie, tenía todo el cuerpo cubierto de fango y la arapajó había desaparecido como si en realidad nunca hubiese estado allí.

Continuó hacia el campamento, y recobró el ánimo al oír los largos alaridos y los disparos de los allí reunidos, que canjeaban pieles por víveres, intercambiaban caballos, apostaban dinero y armaban bronca. Se había ganado el derecho a no dejar títere con cabeza, se juró a sí mismo, sin importarle que los agarrados agentes de la compañía no le ofreciesen más que dos meses de provisiones, entre las que se incluían el whisky, el café y la pólvora, artículos de primera necesidad para cualquier trampero, pero aún más para él. Ni aunque supiese que las conversaciones en los campamentos en torno a la hoguera ya no tratarían sobre si a fulano le habían arrancado la cabellera o si habían ahogado a mengano o quién había hecho qué a quién y por qué. No, señor. Justo esta noche no estaba de humor para cantinelas sobre el hundimiento del negocio de las pieles o el auge de la fiebre del oro en California o la oleada de llaneros ignorantes que se propagaban por las montañas como una plaga de langostas, o el fin de la época de los tramperos libres, cuando podían cabalgar a sus anchas y cometer cualquier tipo de fechoría que les viniera en gana. Era una forma de vida que estaba siendo sustituida por ciudades infectas y pardillos analfabetos del este que anunciaban a bombo y platillo la llegada de la civilización y los dictados del Sabbath, cosas que, al menos para él y los de su calaña, no eran ni remotamente posibles. No, señor, volvió a declarar. Este loco de las montañas iba a hincarle el diente a todo lo que se le pusiera por delante y a sacarle todo el jugo a este *rendezvous*. Listos o no.

Después de aceptar una oferta baja por sus pieles, se emborrachó hasta perder la cabeza. Su ánimo se levantó hasta el

límite de lo banal, participó en un concurso de lanzamiento de *tomahawks* seguido por varias rondas de triles, después le echó un polvo rápido a una india pawnee y, junto con una decena de otros forajidos de las montañas, se vio inmerso en una batalla campal en el fango pegajoso, que sin previo aviso tocó a su fin cuando un polaco enloquecido intentó arrancarle el labio inferior de un mordisco.

—¡Hurra por el espíritu de la montaña! —vitreó Zebulon, machacándole la nariz al polaco hasta incrustársela en el cráneo y arrancándole de una patada los pocos dientes que le quedaban.

Los dos hombres fueron entonces dando tumbos y agarrados del brazo para reunirse con otros lunáticos, que fumaban y bebían aguardiente sentados en torno a una hoguera junto a la orilla del Purgatorio, en plena crecida. Bebieron sin parar toda la noche, con el río discurriendo a su lado, profundo y atronador a causa de la riada primaveral, mientras se daban un atracón de resbaladizas tripas de búfalo, cantando e intercambiando todos los embustes y cuentos chinos de los que habían hecho acopio durante el invierno.

A la mañana siguiente, Zebulon se abrió camino a pata entre la algarabía de los tambores y los chirridos de violín, después jugó al póquer alrededor de una manta raída extendida sobre el suelo helado. Ganó más de lo que se merecía, teniendo en cuenta que no era capaz de distinguir los números de las cartas.

—¡No hay mal que por bien no venga! —chillaba, lanzando violentamente una carta ganadora tras otra.

En años anteriores, no habría parado hasta haber perdido las ganancias de todo el invierno y verse endeudado hasta las cejas con la Compañía de Pieles. Era la ley del todo o nada la que siempre había regido su vida. Siempre llegaba un año

nuevo, y cuando su bolsa acababa vaciándose y su cuerpo, magullado y roto, deshacía el camino hacia las montañas para cazar, curarse y pasar página, para vagar sin rumbo allá donde el viento y su instinto salvaje lo llevaran. Era una vida llena de aventuras extraordinarias a la que no daba importancia y que jamás pensó que acabaría. Pero este año era distinto, así que reunió la sensatez suficiente para vender una de sus mulas y huyó a caballo antes de perderlo todo. Todo acaba, se dijo a sí mismo mientras sopesaba las opciones. Si se trataba de robar y criar caballos, tenía la capacidad y la experiencia que hacían falta, lo bastante para procurarse un rancho de ganado en el nacimiento del río Green. O quizá pudiera probar suerte en la fiebre del oro californiana, aunque aquella estampida de buitres ocupaba el lugar más bajo de su lista de posibilidades. En cualquier caso, joven no volvería a ser; ¡demonios!, ya estaba cerca de los treinta y cinco, o ¿era de los cuarenta? Nunca había llevado la cuenta de los años que cumplía y su gente no se había molestado en decírselo. Pero, de una forma u otra, la corriente lo llevaba río abajo sobre una balsa llena de grietas, sin rumbo y en picado, y no había forma de volver; se vería abocado a los rápidos a menos que se le ocurriese la forma de cambiar de dirección. Su mente vagaba a la deriva, su cuerpo ya no era lo que solía ser, y sentía cada vez más la presencia ominosa de una sombra oscura que se cernía tras él.

Por el camino de vuelta a las montañas, planeó darse el lujo de hacer una pausa en Panchito, un escuálido poblado del desierto alto en el que se había escondido más de una vez: herido de bala, huyendo de una partida de guerreros indios o después de una serie de robos de caballos en alguno de los ranchos españoles desperdigados al sur de Santa Fe. Era un lugar donde podía mojar el pico y acostarse con una puta experimentada sin tener que preocuparse por que lo cañoneasen por la espalda o lo despellejasen en una partida de póquer amañada.

A dos días de distancia de Panchito, una tormenta sacudió con fuerza desde el norte y por dos veces se vio lanzado de la montura por las ráfagas de viento azulado y el aguanieve, que le acuchillaron las mejillas como hojas de afeitar. Incapaz de acampar por lo rocoso del terreno, dejó que su caballo y su mula errasen atravesando lindes, sin rumbo ni sentido alguno de la orientación. Varias veces volvió la vista atrás al creer que alguien lo seguía, pero nada se movía más allá del pesado telón de la nieve al caer. Cuando por fin llegó a una hondonada al abrigo, ató el caballo y la mula a un poste y se acurrucó en un ventisquero, cubriéndose con una pelliza de búfalo.

Al día siguiente, la tormenta amainó y él prosiguió a través de pesados ventisqueros, con los mocasines y las calzas duros

como piedras por el hielo, y su caballo y su mula, medio muertos, con los ojos cubiertos de aguanieve helada. Por la tarde, los cielos se abrieron y pudo divisar la sierra de la Sangre de Cristo, con sus picos bermellones que prometían un atisbo de salvación, suficiente en cualquier caso para reunir las fuerzas necesarias para llegar a Panchito y darse un descanso en la 'cantina'<sup>2</sup> de tres al cuarto de aquel lugar.

La promesa de un refugio se rompió con un estruendo sordo seguido de una multitud disparada de árboles arrancados, rocas y nieve que lo barrieron del caballo con la misma facilidad que un fósforo lanzado a una cascada. Dando volteretas a toda velocidad, rodó por el borde de la avalancha en ebullición hasta aterrizar en un profundo ventisquero.

Seminconsciente, se quedó tumbado bocarriba con los brazos y las piernas abiertos, esperando una segunda erupción o el último aliento, lo que llegase primero. No era precisamente un novato si de lo que se trataba era de enfrentarse al nebuloso más allá, o a la 'jornada del muerto', como había oído que se referían a la muerte al sur de la frontera. Había sucedido otras veces, como cuando se perdió medio congelado durante una tormenta de nieve, o cuando salió herido de más de un tiroteo de *saloon*, o cuando una partida de guerreros apache casi le arrancó la cabellera, o como cuando se cayó de cabeza de un cerro, por mencionar sólo algunas.

Lo interrumpió una segunda avalancha, que resonaba como una presa a punto de estallar conforme se cernía estrepitosa sobre él. Lo lanzó de golpe adelante, más muerto que vivo, y se arrastró hacia un pequeño claro de piceas y cedros, donde se las arregló para construir un *wickiup*<sup>3</sup> rudimentario con ramas caídas.

Al despertar descubrió a su caballo mirándolo fijamente con ojos desconcertados. A su mula la encontró a una milla

de distancia, con las patas tiasas y clavadas en un enorme ventisquero.

Un día más tarde llegó a Panchito, un conjunto olvidado de construcciones de adobe agrupadas en torno a una *'cantina'*. Dentro del lamento del viento cortante, oyó los disonantes acordes desquiciados de un piano fuera de control, entrecortados por repentinas carcajadas sin sentido.

Delante de la *'cantina'* había una diligencia vacía estacionada. Cerca de ella, un pequeño hombre zambo, vestido con un abrigo de piel de borrego y una boa de plumas como de puta alrededor del cuello, se afanaba por subirse a un caballo. Cuando casi había llegado a la montura, se le resbaló el pie del estribo y cayó de cabeza en el fango congelado.

Levantó la cabeza y miró a Zebulon con ojos vidriosos y furtivos.

—Yo a usted lo he visto en algún sitio.

—No lo creo —respondió Zebulon.

El hombre de piernas arqueadas intentó montarse de nuevo en el caballo; finalmente desistió.

—Puede que viniera anoche con Hatchet Jack —insistió el hombre zambo—. Dice la gente que a esa alimaña mestiza habría que untarla con alquitrán y emplumarla. Yo no. A ese hijo de puta yo le daba una sogá larga y una caída corta.

Zebulon desmontó y se abrió camino con un empujón hasta la *'cantina'*.

De una viga colgaban tres lámparas de aceite que despedían una luz tenue sobre la estancia de techos bajos. Hatchet Jack estaba sentado a la barra, con un abrigo rojiblanco del Ejército mexicano y un bombín negro con una pluma de cuervo inclinada sobre un lado del ala. Le atravesaba la mejilla izquierda una cicatriz en forma de ese

alargada, de una herida que Zebulon le había tallado hacía mucho tiempo.

Hatchet Jack lo miró con un ojo azul y otro negro.

—No es fácil seguirle la pista a un buitre de tu calaña. Te busqué en el *rendezvous*, pero ya habías ahuecado el ala. Me contaron que estabas en plena racha, pero que abandonaste cuando estabas en todo lo alto. Nada típico de ti.

—Ha sido un invierno difícil —replicó Zebulon—. Sobrevivo como puedo.

—No te voy a pedir que me eches una mano —atajó Hatchet Jack—, si es eso lo que estás pensando.

Los dedos nudosos del pianista se deslizaban por las teclas rotas con una precisión mecánica. Sentadas a la barra más allá, dos putas acabadas observaban una serpiente de cascabel enrollada dentro de un bote de cristal. Cada vez que el pianista tocaba un acorde disonante, la serpiente meneaba la cabeza adelante y atrás en busca de una salida.

Zebulon se sirvió un trago de la botella de White Taos Lightning de Hatchet Jack, que estaba medio llena, y el líquido le quemó las entrañas como hierro de marcar. Mientras esperaba a que Hatchet Jack soltase lo que tenía en mente, se concentró en tres cabezas disecadas de alce alineadas sobre la pared detrás de la barra. Les habían sacado a tiros todos los ojos, redondos como canicas, excepto a uno, y las cabezas y las astas estaban perforadas por flechas y *tomahawks*.

—Necesito ayuda con tu padre —anunció Hatchet Jack—. Quiero que me perdone —*Perdonar* era una palabra que Zebulon jamás había empleado, ni en la que mucho menos se había parado a pensar—. ¿Hace ya siete años que no subes a verlos? —preguntó Hatchet Jack.

—Más bien, dos.



Hatchet Jack meneó la cabeza mientras se servía otro trago de White Taos Lightning.

—La última vez que subí, se me fue la cabeza, me volví *'loco'*, y más que eso. Una semana antes, unos guerreros arapa-jó habían enterrado vivo a padre en una ciénaga, hasta el cuello y con el agua subiendo. Yo, por ser de sangre mestiza, no lo ayudé. Me dijo que no lo llamase *padre*, que se arrepentía de haberse quedado conmigo después de ganarme en aquella partida de póquer y que quería que me esfumase. Fue entonces cuando le di la paliza.

—¿Le diste una paliza a padre? —preguntó Zebulon.

—Le dije que se pudriera y se fuese a tomar por culo. Esas fueron mis palabras. Después me largué con su caballo alazán y un montón de sus trampas.

—¿Cómo se lo tomó madre?

—Le partió la crisma con el mango de un hacha antes de que pudiese llenarme de plomo. Dijo que se alegraba de hacerlo, pero que no veía el momento de que me largase y no volviera por allí. Que es lo que hice. Y hasta hoy —Hatchet Jack se echó otro trago de White Taos Lightning—. Un viejo *'brujo'* mexicano me dijo que reparase el daño. De nombre Plaxico. No creo que lo conozcas. Cuando me fui de las montañas, salí adelante con mis clásicas jugarretas, hasta que me quedé en las últimas y entonces me enrolé con él. Tiene remedios para todo, el viejo. Poderes no le faltan. Me lo ha enseñado todo sobre el mundo de los espíritus. Qué hacer y qué no hacer. Cómo descubrir tus poderes y sacarles partido sin venderlos por cuatro monedas. Dijo que alguien me echó una maldición cuando padre me llevó con él y que si quiero libramme de ella tengo que hacer las paces con él.

—Y ¿cómo piensas hacerlo? —preguntó Zebulon.

—Que me aspen si lo sé.

—¿Qué clase de maldición?

—Algo de quedarme atrapado entre los mundos. Sin saber de qué va la cosa. Después me habló de una mujer. Y cuando le pregunté por eso, no quiso soltar prenda.

—Padre te va a acribillar con que simplemente aparezcas —atajó Zebulon, sin querer oír nada más sobre maldiciones.

—A no ser que tú me acompañes —terció Hatchet Jack—. Te lo estoy pidiendo, Zeb. Sólo por esta vez. Tú eres el único que sabe cómo entrarle al viejo hijo de puta.

—Sabía cómo entrarle. Ya no.

Hatchet Jack meneó la cabeza.

—Me costó lo mío robar un caballo de primera y un montón de trampas para poder devolvérselo todo. La cuestión es que me dieron por todos lados en una partida de póquer descubierta. Un *full* contra la escalera de color de un blanco de mierda. Perdí el caballo, las trampas y todo lo demás —Hizo una pausa—. Mira. Estoy metido hasta las cejas en algo de lo que no tengo ni idea y necesito tu ayuda —Una de las putas dio un golpe con el vaso en la barra, y Hatchet Jack le hizo una seña al tabernero para que se lo volviese a llenar—. Así están las cosas —explicó—. Desde que se la metí, no me quita ojo, como si fuese la última ardilla del invierno. Más me valdría estar matando el tiempo con Mamá Thumb y sus cuatro hijas.

El pianista siguió aporreando otra canción. El fondo de la sala estaba lleno de jugadores a todo o nada; también había tres *'vaqueros'* con los ojos entornados y sentados en el suelo, contra la pared, borrachos o medio dormidos. Había otros cuatro hombres sentados a una mesa, cuchicheando mientras le daban un repaso de arriba abajo a Zebulon. Peones de rancho sin trabajo, dedujo Zebulon. En la mesa de al lado, un orondo ranchero jugaba al póquer con el cochero de la diligencia, un hombre desfigurado con un bigote retorcido y un

parche sucio sobre un ojo. Detrás de ellos, había un hombre desplomado sobre una mesa, borracho o tal vez muerto, con la cara apoyada sobre los brazos y una capa negra que le cubría los escuálidos hombros. A su lado estaba sentada una mujer con un vestido de fiesta verde oscuro y escote prominente, y largos pendientes de plata que le caían en un largo arco hasta el cuello. Su rostro dorado y de buen tono, luminoso como el papel de arroz antiguo, estaba enmarcado por unos mechones enrollados, como de Medusa, más negros que la noche. Zebulon nunca había visto a alguien como ella, ni siquiera en su rutina habitual de burdeles de Denver, famosos por estar especializados en colores mestizos. Estaba fumando un puro *cheroot* mexicano y parecía, mientras le echaba un vistazo a Zebulon, más cansada que curiosa. O quizá sólo estuviese aburrida.

—Dan miedo —comentó Hatchet Jack—. Acaban de aparecer en escena, están de paso y van hacia el sur, hacia el viejo México. Me da a mí que es propiedad de ese viejo rufián. O tal vez sea al contrario —La mujer sacó una baraja de cartas del bolso. Tras cortarlas con una mano, las extendió sobre la mesa para jugar al solitario. La primera carta que levantó era la reina de corazones, y la enterró con rapidez en la baraja—. ¿Me vas a echar una mano o no? —insistió Hatchet Jack.

Zebulon tenía los ojos puestos en el cochero de la diligencia y en uno de los ‘*vaqueros*’, que se sentaron a la mesa de aquella mujer.

—Justo ahora tengo que echar una partida y dejar reposar mis huesos —respondió Zebulon.

Hatchet Jack empezó a poner objeciones, pero luego cambió de opinión. Cogió la botella de White Taos Lightning y se fue escaleras arriba con paso lento. Después de una breve negociación, las dos putas apuraron los vasos de un trago y lo siguieron.

Zebulon se lo pensó y después rechazó lo que supondría irse con ellos.

Se tomó otra copa y cruzó la sala hacia una maltrecha mesa de billar, con su tapizado verde remendado y lleno de manchas de whisky derramado y vómito. Rodeó la mesa deslizándose los pies como si bailase al compás de música del Oeste, cogió el taco y dio unos cuantos golpes a la bola blanca, tan sólo para demostrar que todavía era capaz. Después se acercó a la mujer, que repartía una mano de póquer al *'vaquero'* y al cochero de la diligencia.

—¿Sitio para uno más? —preguntó.

—Siempre hay sitio para uno más, siempre y cuando uno más acabe siendo uno menos —respondió ella sin quitarles ojo a las cartas.

Hablaba con lo que Zebulon creía que era un acento inglés mezclado con una entonación más suave y pausada que dedujo que podía provenir de alguna suerte de jerga africana.

Él colocó un montón de dólares de plata sobre la mesa.

—Sólo un consejo —señaló el cochero de la diligencia—. Delilah no se anda con chiquitas.

—¿Cómo que no? —replicó Delilah, mirando a Zebulon con un asomo de sonrisa—. La cuestión es que, aunque me ande con chiquitas, no dejo que se vayan de rositas.

—Doy fe —convino el cochero.

El hombre bajo la capa negra que estaba sentado a su lado levantó la cabeza, dejando al descubierto un rostro de huesos pequeños realzado por un bigote fino y una perilla surcada de blanco.

—Le aconsejo cautela si no quiere acabar despeñándose por un precipicio —farfulló, dejando caer de nuevo la cabeza bruscamente sobre la mesa.

Jugaron al póquer descubierto de siete cartas, nada del otro mundo. Las apuestas siguieron más o menos igualadas, sin que nadie se quedase demasiado rezagado, salvo por el ‘vaquero’, que apostó en cada mano como si fuese la última. Cuando lo perdió todo, presentó sus respetos a la mujer con una reverencia y salió de allí.

—Tengo el privilegio de ocupar el lugar vacío —anunció el hombre de la capa negra, mirándolos como si no tuviese ni idea de dónde estaba ni de cuál era el lugar que tenía que ocupar.

Seguramente fuese ruso, dedujo Zebulon, que ya había oído antes su acento. Y si no, turco o polaco.

Desde el momento en que Ivan, tal como Delilah se refería a él, se sentó, Zebulon empezó a sospechar que ella hacía trampas; era por la forma en que sus dedos manipulaban y repartían las cartas con una facilidad ensayada, cortando la baraja con una mano a la vez que hacía rodar un montón de monedas entre los nudillos de la otra.

Sus movimientos precisos eran hechizantes, un ritual onírico, y por mucho que intentara resistirse, se vio incapaz de romper el encantamiento o tan siquiera interrumpirlo. Conforme avanzaba la noche y las manos pasaban de uno a otro sin un claro ganador, Zebulon sucumbió ante una extraña sensación de alivio. Era como si ya hubiese pasado antes por eso, en la misma ‘cantina’ de luz tenue y con casi todas las lámparas de aceite consumidas, escuchado los mismos acordes inquietantes de un piano aporreado con teclas rotas o perdidas, la misma hilera de cabezas de alce con los ojos sacados, el mismo murmullo débil de las apuestas y sus subidas, los mismos chasquidos al barajar unas cartas cuyos números y caras estaban tan doblados y manoseados que casi no se veían. Era levemente consciente de que podría estar metido en un

lío, porque ganar o perder ya no parecía importar, como si la suerte ya estuviese echada.

Observaban la partida el hombre zambo y un puñado de almas errantes y peones de los ranchos; todos hacían sus apuestas paralelas. Hatchet Jack, que había bajado las escaleras con las dos putas, los observaba desde un extremo de la barra.

Cuando Delilah puso bocarriba un trío de reyes, que ganaba a su trío de jotas, las pérdidas de Zebulon le dejaron la bolsa casi pelada, y lo enviaron de nuevo a la mesa de billar, donde ganó tres partidas a uno de los peones de los ranchos y luego otras dos al hombre zambo, duplicando así con creces su botín.

Cuando regresó a la mesa, Hatchet Jack se acercó y se sentó frente a Delilah.

Las nuevas incorporaciones provocaron que Ivan diese un manotazo en la mesa con tal fuerza que un vaso saltó por los aires para hacerse añicos en el suelo.

—A por todas, caballeros —declaró Ivan—. No se permiten excepciones ni rebajas. Así lo afirma uno que cuando llega ya se ha ido y aun así está listo para volver de nuevo.

—Se le está yendo la cabeza, señor conde —le advirtió el cochero de la diligencia—. Conozco los signos.

—No se me va, amigo mío —respondió Ivan—. Es más bien un atisbo desde el abismo infernal hacia el terror del espacio infinito. Es lo que ocurre al final de una larga noche cuando uno se aburre y es lo bastante estúpido como para soltar las riendas y dejarse llevar.

—Yo digo que es un farol. —Hatchet Jack empujó su dinero hacia el centro de la mesa.

—¿Un farol dice? Bueno, bueno, bueno —Ivan amontonó veinte águilas de oro junto a la nueva apuesta de Hatchet Jack—. ¿Qué es la vida si no un farol? Veo su apuesta y la subo cien dólares de plata.

Cuando Delilah y Zebulon igualaron la subida de Ivan, Hatchet Jack lanzó sus cartas y se acercó a la barra.

Mientras Delilah repartía la última carta bocabajo, Zebulon vio cómo un escalofrío le recorría la manga hasta llegar a las yemas de los dedos.

Ivan levantó un trío de ases.

El cochero de la diligencia, un diez de picas, que se sumaba a los dos que ya estaban en la mesa.

Delilah sacó una reina de corazones, que completaba una escalera de color frente al full de Zebulon.

Mientras ella recogía el bote más abultado de la noche, el zambo se acercó a Zebulon tambaleándose y agitando su revólver.

—Me acuerdo muy bien de usted. Es el mismo canalla de las montañas que me robó mi caballo castaño en Galisteo. Usted y ese mestizo.

—Jamás he estado en Galisteo —atajó Zebulon, llevándose la mano al revólver.

Antes de que ninguno de ellos pudiese abrir fuego, tres disparos desde otra parte de la sala hicieron estallar dos lámparas de aceite y una de las ventanas.

Lo último que Zebulon recordaba era haber salido dando tumbos de la *'cantina'* e intentar huir calle abajo antes de desplomarse.